

## LOS GALLEGOS EN CUBA EN EL SIGLO XIX: CULTURA Y REGIONALISMO

---

Carlos Sixirei  
Universidad de Vigo

Galicia no se caracterizó durante la época de los Habsburgo por su activa participación en el descubrimiento, conquista y posterior colonización de América. Conocemos la presencia de núcleos de gallegos en Potosí, México, Puebla y Panamá desde el Siglo XVI. Conocemos, igualmente, nombres de gallegos que brillaron en la Administración, la Milicia, la Cultura y la Iglesia hispanoamericanas. Pero el propio fulgor de estas personalidades solo sirve para hacer más notorios los enormes vacíos que en otros aspectos se perciben. En comparación con las provincias andaluzas, las extremeñas o las manchegas, Galicia juega un papel marginal durante doscientos años aunque no carezca completamente de presencia.

La cosas cambian considerablemente a partir del S. XVIII. Desde los trabajos pioneros de Meijide Pardo hasta las más recientes aportaciones al estudio de la sociedad y la economía gallegas de la época de los primeros Borbones, todos los historiadores, con pequeños matices, inciden en que Galicia experimenta a lo largo de esta centuria un fuerte e irregularmente sostenido crecimiento demográfico cuyas raíces estaban ya en el siglo anterior, unido a la finalización de un ciclo de crecimiento económico. La suma de ambos factores provoca una expulsión de mano de obra hacia otras zonas intra y extra peninsulares de la que se hacen ecos todos los tratadistas de la época. Desde Feijóo a Campomanes, pasando por los ilustrados gallegos se destaca este éxodo que afecta sobre todo a las comarcas costeras y a los feraces valles del interior atlántico. Bien a título individual, bien en expediciones organizadas por la propia Corona, los gallegos hacen presencia en América con carácter casi torrencial. Entre 1749 y 1787 se ha estimado en 5.400 personas/año el promedio de salida del país, lo que nos da para ese pe-

riodo una cantidad de 195.200. Entre 1788 y 1797, el número de individuos que emigran alcanza los 14.000 por año.<sup>1</sup> Estamos hablando, para que no se pierda la referencia contextual, de una población de 1.340.192 personas de acuerdo al Censo de Floridablanca de 1787.

No es de extrañar, pues que a mediados de siglo, el franciscano J. J. de Castro, escriba hablando de la población de Buenos Aires:

«La mayor y más poderosa nación son los gallegos en cuyos comercios están los caudales de ellos y lo que regularmente no pasa en España sucede aquí, pues se hermanan y ayudan valientemente unos a otros, amparándose mutuamente y poniendo su caudal a los que vienen de allá»

La presencia gallega en el Rio de la Plata era ya lo suficientemente numerosa como para que en este escenario nazca la primera entidad asociativa de gallegos de la que tenemos noticia en América, la «Congregacion de naturales y originarios de Galicia» que se funda en 1790.

Algo parecido estaba ocurriendo en Cuba. No sabemos cuantos gallegos emigraron hacia esta tierra a fines del Antiguo Régimen, lo que si sabemos es que tambien en La Habana su número era lo bastante significativo como para que, siguiendo los pasos de la colonia de Buenos Aires, aparezca en 1804 otra institución de apoyo mutuo: «La Santa Hermandad de Santiago el Mayor de los naturales y originarios del Reyno de Galicia».

No era extraño que los gallegos se sintieran atraídos por la isla. Entre 1790 y 1830, Cuba estaba pasando de una posición secundaria en los mercados de azúcar y café a ser el primer productor mundial y su economía atravesaba una fase de intensa modernización en la que lo único que resultaba cada vez más anacrónico era la mano de obra esclava.

La creciente demanda de trabajadores por parte de una agricultura, no ya en expansión, sino, como señala Moreno Fraginals, en plena explosión<sup>2</sup> unido al hecho de que las cadenas de emigrantes favorecidas por los vínculos familiares y vecinales, estaban plenamente establecidas, crearon las condiciones que propiciaron la emigración gallega hacia la isla. A mediados del S. XIX, la comunidad galaica representaba con sus 8.463 componentes, el tercer grupo regional en Cuba, a mucha

<sup>1</sup> F. Bustelo: *Introducción ao estudo cuantitativo da poboación galega no S. XVIII*. Grial, N.º 45, Vigo, 1974.

<sup>2</sup> M. Moreno Fraginals: *Cuba/España, España/Cuba*. Ed. Crítica, Barcelona, 1995.

distancia de los canarios pero a muy poca de los catalanes (38.714 y 8.703 integrantes respectivamente) y prácticamente empatada con los asturianos (8.454)<sup>3</sup>. El avance en pocos años había sido muy considerable, pues, según Maluquer de Motes, el número de gallegos embarcados hacia Cuba entre 1800 y 1835 representaba tan solo el 2,7% del total de emigrantes españoles, excluidos los canarios, frente al 58,2% representado por los catalanes, el 13,7% de asturianos o el 13,2% de vasco-navarros. Y el porcentaje no cesó de aumentar a lo largo del siglo hasta llegar a convertirse en el principal colectivo peninsular.

Varias eran las vías utilizadas por los gallegos para emigrar en estos años. Una de ellas, y probablemente la más importante, fue la de las cadenas establecidas por parientes y amigos. En 1841, el Jefe Político de la Provincia de Pontevedra informaba a la Regencia Provisional que

«Puede asegurarse que la cuarta parte o más de los hombres de la numerosa clase del común del pueblo emigra cada año... pero adonde con más frecuencia se dirigen prescindiendo de las provincias costeñas del mediodía de la Península, es a las Provincias del Rio de la Plata y a la Isla de Cuba con la pretensión, por lo general, de agregarse a parientes dedicados al comercio».<sup>4</sup>

Otra vía era el Ejército. No podemos cuantificar con exactitud el número de gallegos que, enviados a Cuba a hacer el servicio militar, desertaban o permanecían en la isla una vez rematadas sus obligaciones. Según Moreno Fragnals y Moreno Masó, entre 1840 y 1859, los soldados gallegos representaban el 27,87% del total de soldados españoles desplazados. Era una proporción altísima que casi doblaba al grupo regional siguiente, el de andaluces (14,75%) y suponía el mayor aporte. Si tenemos en cuenta que en el S. XVIII los gallegos ocupaban el cuarto lugar por el número de individuos según procedencia regional que integraban las tropas coloniales (341 individuos frente a 749 andaluces, 725 castellanos y 571 catalanes)<sup>5</sup> y que a principios del S. XIX representaban solo el 8,03% del total de militares, sólo se puede explicar este repentino crecimiento porque el servicio militar fue uno de los ca-

<sup>3</sup> Jordi Maluquer de Motes: *Nación e inmigración. Los españoles en Cuba (S. XIX y XX)*. Archivo de Indianos-Ediciones Jucar, Colombres, 1992.

<sup>4</sup> Citado por M.<sup>a</sup> X. Rodríguez Galdó y Fausto Dopico: *Crisis agrarias y crecimiento económico en Galicia en el S. XIX*. Edición do Castro, A Coruña, 1981.

<sup>5</sup> Cfr. J.F. Martín Reboló: *El aporte gallego al ejército antillano en el S. XVIII*. En Actas Primeras Jornadas Presencia de España en América: Aportación Gallega. Diputación Provincial, A Coruña, 1987.

nales utilizados para la emigración de una importante cantidad de hombres que finalizado el reclutamiento, se quedaban en el lugar como trabajadores civiles<sup>6</sup>.

La tercera vía fue la de las expediciones organizadas. Esta tuvo resultados trágicos y en ella estuvieron involucrados capitalistas gallegos.

Que proyectos como el encabezado por el ourensán Urbano Feijóo y Sotomayor pudieran llevarse a cabo con el beneplácito del Estado solo se explica por la concurrencia de dos factores: Por una parte los dueños de las plantaciones cubanas deseaban importar mano de obra asalariada en condiciones tales de contratación que quedara vinculada irremediablemente a las haciendas. Desde 1837 se habían hecho todo tipo de experimentos: Con dominicanos, con haitianos, con catalanes, con canarios, con chinos... y en los años cincuenta le tocó el turno a los gallegos. Por otra, las específicas condiciones del país de procedencia.

En esos años Galicia estaba pasando por una terrible crisis de subsistencia. En 1852 y 1854 las malas cosechas llevaron el hambre a pueblos y aldeas y multitud de campesinos se vieron obligados a mendigar. Si en algo era rica Galicia en esos años era en pobres. Su presencia constante y omnipresente formaba parte del paisaje familiar en las ciudades y en el campo, pero en el bienio antedicho su número se multiplicó y el impacto que causaron en el imaginario popular las escenas de miseria y muerte que por todas partes se veían, perduró hasta tiempos recientes. Los sucesivos, hasta a veces confundirse en el recuerdo, «anos da fame», marcaron a fuego a los gallegos. De ellos se hizo eco la Junta de la Caridad de las Cuatro Provincias de Galicia en el Memorial dirigido a Isabel II en 1857

«Multitud de pueblos quedaron desiertos; no ya los mismos braceros, sino que cultivadores de una riqueza relativa para las condiciones del país, abandonaban sus hogares; solo la muerte y la desolación habitaba en ellos; legiones de mendigos asaltaban a las poblaciones de alguna importancia; las raíces de los campos suspendían por algunos momentos los terribles efectos de la inanición; en tropel emigraban a provincias y reinos extraños, sembrando por donde transitaban el germen de la epidemia que el hambre había desarrollado en ellos, y los caminos públicos servían de lecho mortuario a más de un desgraciado»<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> M. Moreno Fraguinals y J.J. Moreno Massó: *Guerra, migración y muerte. El ejército español en Cuba començando via migratoria*. Archivo de Indianos-Ediciones Jucar, Colombres, 1993.

<sup>7</sup> Publicado en *El Iris de Galicia* el 22-VII-1857.

He ahí las dos coordenadas que se trazan para que coincidan en el punto que permite el desarrollo de los acontecimientos siguientes. Aprovechando las terribles hambres que asolaban Galicia y la necesidad cubana de mano de obra blanca, Urbano Feijóo, formó una compañía colonizadora, llamada Sociedad Patriótico Mercantil que calculaba contar con una masa potencial emigrante de no menos de 200.000 gallegos. Semejante cantidad representaba la solución para la carencia de mano de obra en los ingenios, pero también suponía una considerable inversión. Sotomayor ofrecía contrato de cinco años asegurando pasaje gratuito, alguna ropa, una estancia de tres meses en un lugar adecuado para aclimatarse, incluyendo asistencia médica, y un salario mínimo de cinco pesos mensuales, además se abría una cuenta de seguro de vida en la que el emigrante que quisiese inscribirse podía hacerlo siempre que se obligara a depositar en ella un peso al mes con lo que, al finalizar el contrato se encontraba con un capital ahorrado de 200 pesos que, en caso de fallecimiento, la compañía le haría llegar a su familia. También se aceptaban depósitos de ahorro a un interés anual del 6% pagadero cada seis meses. Con ello se pretendía contar con un capital aportado por los propios trabajadores que le permitiría a la Compañía, sin arriesgar dinero propio, seguir invirtiendo en importar gallegos.

Deslumbrados por estas promesas y acuciados por la necesidad, las primeras remesas de emigrantes desembarcaron en La Habana al son de las gaitas en marzo de 1854. En Agosto habían llegado 1.700. Pero no bien se apagaron las últimas notas de las muiñeiras cuando los problemas hicieron su aparición. Los hacendados cubanos no se mostraban proclives a contratar gallegos porque tuvieron malas experiencias con los catalanes los cuales, se marchaban de las haciendas en cuanto podían, e incluso sin poder, para convertirse, ellos mismos, en pequeños cultivadores por cuenta propia. Preferían, por tanto, una mano de obra más servil y menos problemática. Los chinos y otros emigrantes del sudeste de Asia aparecían como una solución más adecuada. Para incentivar este tipo de importaciones estaba, además, el propio Capitán General de la Isla, José Gutiérrez de la Concha, que tenía intereses en el negocio.

Las dificultades crecientes llevaron a un rápido empeoramiento de la situación de los gallegos que comenzaban a morir por docenas víctimas de los malos tratos, la deficiente alimentación y las enfermedades tropicales. A comienzos del año siguiente la situación era tan terrible que uno de los directivos de la Sociedad, Ramón Fernández Armada, escribió un informe al Ministerio de Estado cuya lectura pone, todavía hoy, los pelos de punta. En uno de los párrafos se leía:

«En agosto (de 1854) (habían) arribado a estas playas dulces, hospitalarias e inocentes, 1.700 hombres, pero de Junio a Diciembre habían bajado a la tumba 500 de ellos, aberiguados por medio de indagaciones privadas sin poder asegurar que no sea maior todavía el número de víctimas. Toda su culpa fue pedir pan para no morir de hambre, y queriendo los directores de la empresa castigar este impulso natural, *mandaron encerrarles en fétidas estancias, cargándoles de grillos, tenerlos desnudos y descalzos, alimentados con carnes descompuestas de reses muertas que los negros africanos rehusaban, obligándoles a trabajar durante su aclimatación 15 horas diarias en esta zona tórrida por medio del fuste, del palo y de la espada...* Si se quieren testigos, la isla entera de Cuba lo sabe.» (*subrayado nuestro*)

La empresa de Sotomayor dio rapidamente en quiebra y el 7 de julio de 1855 se dictaba una Real Orden por la que se rescindían los contratos que vinculaban a los emigrantes con este negrero de sus propios coterráneos. La Sociedad Patriótico Mercantil fracasó, pero no fue el único ejemplo que ilustra el egoísmo y la miseria moral de cierta burguesía gallega. Otras más modestas, pero no menos inhumanas, hicieron fortuna en el lucrativo negocio como las que, propiedad de navieros de Carril, Vigo y A Coruña, enviaban cargamentos de emigrantes al Río de la Plata, en plena Guerra Grande, para hacerlos servir como soldados en el ejército de Rosas y como peones en sus haciendas y en las de sus parientes los Anchorena.

Pero la necesidad apremiaba y emigraba todo el que podía y como podía. En 1860, por ejemplo, los hornos de cal de la hacienda Vedado, propiedad del Conde de Pozos Dulces, eran trabajados integramente por gallegos de Pontevedra<sup>8</sup>. En ese año, el 57,9% de los gallegos de Cuba residían en La Habana frente al 34,3% de los catalanes, al 23,6% de los canarios y al 50,1% de los asturianos, emigración, esta última, de características bastante similares a las de la gallega. Este intenso proceso de urbanización hizo que, en poco tiempo, los gallegos fueran sustituyendo a los catalanes al frente del pequeño comercio. Si todavía por esas fechas el francés Arthur Morelet escribía que

«El monopolio de comestibles reside en La Habana en manos de los catalanes, raza ecónoma, industriosa y dotada de un carácter emprendedor. Esos catalanes desembarcan ordinariamente en la isla como verdaderos aventureros, después al cabo de pocos años se les ve en la abundancia e incluso al frente de una fortuna».

<sup>8</sup> Carlos Sixirei: *A Emigración*. Ed. Galaxia, Vigo, 1988.

Cuarenta años después se podía decir lo mismo de los gallegos de tal modo que, a esa altura, las palabras «bodeguero» y «gallego» eran casi sinónimos.

Frente a la cruz que historias como la del negrero Sotomayor representan, también hubo una cara de la emigración gallega. La protagonizada por individualidades que destacan en el mundo de la cultura, la política o la economía. No es el único, pero probablemente el más representativo de esta saga de personalidades ilustres en la primera mitad del s. XIX sea el coruñés Ramón de la Sagra. Nacido en 1798, hermano de Joaquín, otra notable personalidad que fue ilustre político y destacado francmasón en Montevideo, Ramón hombre de ideas liberales, marchó a Cuba en 1823 permaneciendo en esta isla durante doce años. En ese tiempo fue director del Jardín Botánico. Profesor de la Escuela Agrícola y fundador de la revista «Anales de Ciencias, Agricultura, Comercio y Artes» además de publicar numerosos tratados de Botánica, Mineralogía, Medicina, Agronomía etc. y reunir los materiales fundamentales de su monumental obra «Historia Física, Política y Natural de la Isla de Cuba» que tardaría 25 años en escribir y editar. Esta obra resultó vanguardista para la época. La Sagra se muestra en ella como un experto y moderno historiador, acusando a la historia tradicional vigente en su época, de ser una simple enumeración de acontecimientos civiles y militares y abogando por una disciplina abierta a la vida económica, a los métodos estadísticos, a los hechos de cultura, al progreso de las artes, a las conquistas de la ciencia, etc.

La vida de este ilustre polígrafo fue una constante evolución intelectual, desde el liberalismo al socialismo utópico y de aquí, finalmente a posiciones reaccionarias, al final de su vida, próximas al integrismo católico. Una vida que guarda cierto paralelo con el de otras figuras de la intelectualidad gallega de la época o de la siguiente generación.

Los conflictos sucesivos que se desatan en Cuba en la segunda mitad del s. XIX y que culminan en la derrota española de 1898 y la separación definitiva de la isla, no fueron impedimento serio para desanimar la emigración. De hecho, al final del s. XIX, los gallegos representaban el 33,9% de los 130.000 residentes españoles. Porcentualmente la colonia galaica había incrementado su presencia, desde 1859 en un 300%. Esta notable presencia explica porque, en plena Guerra de los Diez Años se funda la primera entidad asociativa moderna gallega de Cuba: «La Sociedad de Beneficencia de naturales de Galicia», nacida en 1871 e inspirada en dos precedentes: «La Santa Hermandad de Santiago el Mayor» y el «Centre Catalá». El nombre, sin embargo, procede de otra

asociación, también catalana, creada en 1840: «La Sociedad de beneficencia de los naturales de Cataluña».

El reglamento de la entidad gallega se aprueba en febrero del año siguiente. En su primer artículo se marcan como objetivos

«Proteger a sus asociados y proporcionar socorro a los naturales de Galicia y a sus familiares que se encuentren necesitados»

En el mismo año que nace la Sociedad, otras dos iniciativas se pusieron en marcha, aunque con desigual fortuna, y que dan pistas sobre la orientación galleguista y regionalista que estaban adoptando ciertos sectores de la colonia gallega: la «Sociedad coral ecos de Galicia» y el semanario *La gaita gallega* que, si bien tuvo una muy breve vida (se publicó solo durante un mes) marca el inicio de la fecundísima historia de la prensa gallega en tierras cubanas.

Las noticias de lo que estaba pasando en Cuba conmovían a la intelectualidad gallega. Comenzaba a elaborarse uno de los mitos historiográficos más persistentes de nuestra época contemporánea y que perduró hasta la gran crisis ideológica que se produce en el marco del galleguismo en los años sesenta de nuestro siglo. Las sucesivas derrotas históricas de Galicia como pueblo parecían compensarse con las utópicas y bastante fantásticas victorias que se obtenían al otro lado del mar. Un nuevo país parecía emerger construido por los emigrados, el grupo que constituía lo más recio, viril y combativo del pueblo, la médula misma de la nación que se regeneraba en la lucha cotidiana en países lejanos; los que no se habían resignado y construían con su esfuerzo diario, en dura lucha con un medio hostil, la Galicia ideal. Del espíritu aventurero de los emigrantes, arrastrados por fuerzas telúricas que enraizaban con el propio origen de la raza iba a surgir el grito que hiciese despertar de su sueño a un pueblo apocado, a un país de almas vencidas.

Esta visión idealizada de los emigrantes, depositarios de una responsabilidad de regeneración que nunca habían solicitado ni soñado asumir, comienza a ser agriamente criticada por el nacionalismo en los años treinta. Especialmente por gente del nacionalismo de derechas (Risco, Sigüenza). Pero todavía, veinte años más tarde, Celso Emilio Ferreiro escribía en uno de los poemas de su libro *O Soño sulagado* (1955)

Eu canto aos emigrantes de esta terra  
que na rosa dos ventos  
erguen seus urros ceibos e labouran



con músculos encheitos de esperanzas,  
lonxe da Europa  
cuberta de cadeias e de tumbas.

Tan solo diez años después los emigrantes que levantaban su libre voz se habían convertido en «*pequenos burgueses desertores*». El mito, finalmente, hacía agua por todas partes y se hundía en el sórdido paisaje de los rancharíos caraqueños. Todavía hay quien, en este momento pretende revitalizarlo bajo el disfraz de la «galleguidad» pero desde los años sesenta la opinión sensata del país cayó, finalmente, en la obviedad de que la regeneración de Galicia solo podría venir de ella misma.

Sin embargo, es innegable que, en algunos momentos, el mito pareció funcionar. Y uno de esos momentos tiene como escenario la Cuba de fines del S. XIX.

Cuando Rosalía publica su primer libro de poemas, *Cantares gallegos*, en 1863, las referencias a la emigración se concentran en cinco composiciones. Las más directas están en el conocido *Castellanos de Castilla*. Hay otra a Brasil. En los demás las referencias son más vagas: «América», «Mar», «Tierra extraña», etc. Pero en 1880, cuando aparece su segundo gran poemario en gallego, *Follas novas*, las cosas han cambiado mucho. El libro va dedicado a «*Os señores da Xunta Directiva e mais individuos que compoñen a Sociedade de Beneficencia dos naturais de Galicia na Habana*». La quinta parte del libro que tiene el significativo título de *As viudas dos vivos e as viudas dos mortos* se inicia con una de las composiciones más populares de la autora: *Pra a Habana*. ¿Qué había llevado a Rosalía a este repentino interés por Cuba?

Rosalía no era ajena a lo que en la isla estaba sucediendo. No era ya que comenzara a crecer el número de mutualistas, sociedades y publicaciones gallegas (en 1877 se funda la «Sociedad de beneficencia de naturales de Galicia» de Cienfuegos, en 1879 el «Centro Gallego» de la Habana y habían nacido revistas como *El Eco de Galicia*, *El avisador galaico*, *Galicia moderna* y *A gaita gallega* primera publicación escrita enteramente en gallego editada en América), es que la propia Rosalía se estaba convirtiendo en un símbolo para los emigrantes. *Cantares gallegos* incluía en su primera edición el precio para su venta en La Habana, lo que quiere decir que en 1860 la literatura en gallego tenía ya lectores en Cuba. *Follas novas*, por su parte, se edita en La Habana a iniciativa del empresario vigués Alexandre Chao.

En 1872, Rosalía fue nombrada «Socio Honorario» de la Sociedad de Beneficencia en uno de los primeros actos de la institución. La misma distinción le será otorgada por el Centro Gallego en 1880. El principal valedor de su persona y obra entre la colectividad fue el estradense Waldo Alvarez Insua.

Insua es una de las figuras más destacadas de la emigración gallega a América. Animador de múltiples iniciativas había emigrado a Cuba en una edad temprana pero ya con un «curriculum» admirable de actividad periodística y literaria (publicó sus primeros versos a los quince años). Durante su estancia en Santiago como estudiante de Derecho, hizo cursos con el padre de la doctrina regionalista, Alfredo Brañas y dirigió una revista satírica, *El vampiro*, de la que solo llegó publicar seis números. Opuesto a la Restauración y liberal intransigente, defendía ideas tan exóticas en aquella Compostela pacata como la emancipación de la mujer. No es extraño que con tales méritos debiera buscar un rápido cambio de aires. Casi recién llegado a Cuba se convierte en fundador, director, redactor y único propietario de *El Eco de Galicia* «revista semanal de ciencias, artes y literatura». Como es lógico, no tardó en tener problemas. Y tales fueron éstos que en 1881 se vio obligado a suspender su publicación por las campañas que organizó contra el muy poderoso Círculo de Hacendados de La Habana que pretendía repetir la aventura negrera de Sotomayor importando gallegos como peones en las mismas condiciones de servidumbre en que se importaban trabajadores chinos. Otra de sus campañas tuvo como objetivo a los albaceas del filántropo y millonario gallego Fernando Blanco de Lema quien había dejado en su testamento una manda para construir escuelas en Cee, su pueblo natal, y se pretendía dedicar el dinero a otros fines. Las denuncias de este jovencísimo periodista llegaron al Parlamento español adjudicándole una fama que le granjeó la inquina de sectores muy influyentes. Todo lo cual no desanimó a Insua pues en 1882 el semanario estaba nuevamente en la calle.

Fue en esta segunda etapa cuando Insua lanza una campaña en busca de apoyo económico para la poetisa gallega en un momento en que atravesaba serias dificultades pues su marido, Manuel Murguía, había sido separado arbitrariamente del Cuerpo de Bibliotecarios y Archiveros al que pertenecía. En *El Eco de Galicia* se escribía:

«Rosalía Castro está pobre y enferma. En Padrón, en una modesta casa, oculta entre copudos árboles, acaba su vida, al decir de un periodista santiagués, la que debía ser emperatriz en su tierra y reina en todas partes. Y la acaba en la más difícil de las situaciones, olvidada de su país y aislada de toda afección que no sea la tierna afección de su familia. ¡Pobre mujer!»

Insua dio en el blanco de la sensibilidad gallega y de inmediato se movilizaron las asociaciones organizándose una suscripción que el Centro Gallego y la Sociedad de Beneficencia abrieron con 500 pesos. En total se recaudaron para enviarle a la familia de la escritora 1.732 pesos-oro.

Cuando llegó a La Habana la infausta noticia del fallecimiento de Rosalía, en 1885, la colectividad quedó conmocionada. *Galicia moderna*, *El Eco de Galicia* y *A gaita gallega* que eran las publicaciones con que contaba la colectividad ese año, salieron a la calle con orlas negras. Toda la prensa cubana se hizo eco de la noticia. *La voz de Cuba* incluía el siguiente comentario:

«La inspirada poetisa y notable escritora gallega, doña Rosalía Castro de Murguía, falleció en Padrón el día 15 del mes pasado... En Madrid, donde no se estudia atentamente el renacimiento literario de provincias, casi es desconocida. En cambio su nombre es popularísimo en su país natal, en nuestra Gran Antilla y en todas las repúblicas hispano-americanas. Los literatos catalanes profesan a Rosalía verdadero culto»<sup>9</sup>.

Efectivamente, el diario habanero daba en la llaga. Excepto Castejar, Ruiz de Aguilera y un número reducido de intelectuales castellano-hablantes, la «intelligentsia» madrileña desconocía completamente la figura y la obra rosalianas. Como mucho algunos la consideraban una escritora provinciana y pretenciosa que hacía versos de mal gusto o, como se diría hoy, «políticamente incorrectos». Es cierto que la incomprensión que Rosalía sufrió en vida no fue exclusiva de los castellanos. Mucho más dura fue la comprobación de que también bastantes de sus coterráneos no veían en ella más que una poetisa quejumbrosa y oscurantista, lo que para algunos especialistas explica la razón que llevó a Rosalía a escribir su último poemario en español.

Pero si en Galicia su figura era discutida, en la emigración era un símbolo. Por ello será en la emigración donde se tome la iniciativa de construirle un gran mausoleo. Esta idea se expone por primera vez en el semanario *Galicia moderna* en Agosto de 1885. La propuesta fue asumida rápidamente por la colectividad iniciándose una cuestación a la que aportaron dinero 1.130 emigrantes. A la cantidad recaudada se añadió lo conseguido en la velada literario-musical celebrada en el Teatro Albizu de La Habana el 25 de Marzo de 1886. Hasta el año si-

---

<sup>9</sup> X. Neira Vilas: *Rosalía de Castro e Cuba*. Edicións do Patronato, Santiago, 1984.

guiente la idea dominante era la de levantar el monumento funerario en el cementerio de Adina, en Padrón, donde reposaban sus restos o en el atrio de la Colegiata de Iria, pero en ese año el Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País de Santiago, Joaquín Díaz de Rábago, propuso trasladar los restos a esta ciudad en la que había nacido y crear un Panteón de Gallegos Ilustres. Para entonces otras entidades y diarios gallegos se habían sumado a la idea de levantar un Mausoleo. Y así fue como, gracias a los gallegos emigrados en Cuba, Rosalía tuvo post-mortem el unánime homenaje de reconocimiento popular del que no gozó en vida.

Si la colectividad gallega de Cuba respondía a las iniciativas en pro del país que se tomaban en su seno es porque actuaba como fermento de inquietudes una élite intelectual de clara filiación galleguista: Insua era destacado miembro de esta minoría ilustrada y activa. Es en el seno de esta élite donde, en opinión del Prof. Núñez Seixas, se elabora un proyecto socio-político de corte regionalista e inspiración liberal para Galicia.<sup>10</sup> Se trataba más bien de un proyecto regeneracionista que enfatizaba la necesidad de progreso para romper el atraso y la incomunicación del país. No era un proyecto vinculado a un programa político concreto, pero tenía un trasfondo político evidente. Esta élite era regionalista, pero, al mismo tiempo, profundamente española (fueron contrarios a los independentistas cubanos y jamás alentaron el menor resabio separatista). Soñaban con una democratización real de la vida política y eran enemigos declarados del caciquismo y del régimen que lo había alentado. Casi todos eran, además, republicanos federales y tenían tras sí un pasado glorioso de persecuciones políticas lo cual no les impidió a muchos declararse fervorosos seguidores de Alfredo Brañas, político e intelectual vinculado ideológicamente al tradicionalismo católico.

El regionalismo aparecía como la pieza central de toda política democratizadora. No se trataba tan solo de recuperar derechos históricos sino también de recuperar las instituciones tradicionales que, en su opinión, habían sido detorpadadas por el centralismo oligárquico y caciquil. Volver a la autonomía municipal, garantizar elecciones limpias, reivindicar el sufragio universal y devolver sus derechos a las regiones para que se organizaran en todo aquello que fuera de su competencia sin intromisiones del Gobierno central y de sus delegados territoriales. El caciquismo y sus derivaciones en forma de distribución de impuestos, reparto de quintas etc. era la gran bestia a batir. En la prensa emigrante

---

<sup>10</sup> X. M. Núñez Seixas: *Emigrantes, Caciques e Indianos*. Ed. Xerais, Vigo, 1998.

se sucedían las denuncias contra caciques, usureros, clero colaboracionista, diputados cuneros, dueños de foros y «tutti quanti» representan los apoyos sociales del régimen de la Restauración.

En este grupo figuraban, además de Insua otras personalidades destacadas como José Novo García, fundador y director del semanario bilingüe *Galicia moderna* y editor de gran parte de las «Cartas a un obrero» de Concepción Arenal, o el ortigueirés Ramón Armada Teixeira, conocido por el seudónimo de Chumín de Céltigos, fundador de la primera publicación periódica de la emigración escrita íntegramente en el idioma del país: *A gaita gallega* que contó, entre los colaboradores con Manuel Lugrís Freire, escritor y político gallego que publicó en 1894 en La Habana su primer libro de poemas *Soidades*, con prólogo de Curros Enríquez.

Lugrís regresa a Galicia en 1896, pero Armada permaneció en Cuba y fue uno de los fundadores del Centro Gallego en el que lideró una corriente de opinión que podemos considerar ya proto-nacionalista. Contrario a la emigración, mostró siempre una preocupación constante por la defensa de la lengua a la que considera principal elemento de identidad de los gallegos.

La figura más destacada en estos años de fin de siglo es el gran escritor Manuel Curros Enríquez, una de las tres personalidades descolantes, junto a Rosalía y Pondal, del renacimiento literario gallego de la segunda mitad del S. XIX.

Curros llegó a Cuba el 5 de Marzo de 1894 huyendo de las desavenencias familiares, de los problemas con el diario *El País* en el que colaboraba, o de todo a la vez. El poeta era ya conocido en Cuba pues sus obras no podían pasar desapercibidas. Las sucesivas condenas de «*Aires da miña terra*» y «*O divino sainete*» «le habían dado un aura de poeta rebelde y perseguido por los sectores más reaccionarios. Si en Ourense la primera obra es prohibida por el Obispo y un juez condena al autor a dos años y cuatro meses de prisión y la segunda provoca la furibunda reacción de la derecha («*Obra digna solo de las tabernas, de los lupanares y de los presidios que debía ser quemada por la mano del verdugo en plaza pública*» escribió sobre ella Valentín de Novos), en Madrid, sus compatriotas le ofrecen una corona de plata al autor, Mariano de Cavia y Guerra Junqueiro se deshacen en elogios a Curros y en A Coruña su juicio en la Audiencia es seguido con pasión por todos los grupos sociales mientras que la prensa liberal hacía campañas a su favor.

Años antes de su llegada ya Insua se había preocupado por popularizar la obra de su paisano en un trabajo crítico en 1883 en el que se

analizaba poema por poema todas las composiciones de «*Aires da miña terra*» y que representa un alegato ideológico en defensa de Curros. No era, por tanto, el escritor, un desconocido en la Isla, antes al contrario. La colectividad estaba haciendo de él lo que antes había hecho con Rosalía: Convertirlo en símbolo. Pero Curros era de otra madera. Hombre de fuerte carácter e intransigente en sus ideas galleguistas no tardará en entrar en conflicto con las principales figuras de la emigración.

Muy pronto funda una publicación, inicialmente quincenal y casi enseguida semanal, *La tierra gallega*, cuyo primer número ve la luz el 8 de abril de ese año, es decir, un mes y tres días después de haber desembarcado. La revista durará dos años, hasta el 9 de noviembre de 1896 siendo suspendida por un artículo suyo titulado «Responsabilidad Ministerial» y que le valió dos multas seguidas del gobernador de La Habana. El motivo del artículo fue la decisión del Ministro de Marina de beneficiar a los astilleros de Cádiz en perjuicio de los de Ferrol con encargos, decisión que es duramente atacada por Curros incluyendo apreciaciones de carácter racista al denunciar la «*preponderancia en la Gobernación del Estado de la raza menos apta para gobernar que es la del Mediodía sobre las del Norte y del Occidente, si no tan brillantes, mucho más reflexivas*».

Multado con 25 dólares-oro, el castigo mereció una réplica del autor en tono mucho más cáustico lo que llevó a una segunda multa por doble cantidad. Temiendo una suspensión definitiva, Curros prefirió paralizar la publicación antes de que se la cerrasen las autoridades. Poco después entró como redactor del más destacado rotativo cubano, *El Diario de la Marina*. En 1896 se produce la ruptura con el Centro Gallego, principal entidad asociativa de los gallegos en Cuba. Sobre la causa hay diversas interpretaciones aunque seguramente se trató de un cúmulo de circunstancias. Por una parte, Curros se había mostrado opuesto al homenaje que la colonia gallega de La Habana le había ofrecido a su compatriota el Comandante Cirujeda, responsable de la muerte en combate del patriota cubano Antonio Maceo («*Han ensuciado para siempre el nombre de nuestra patria*» le escribía Curros a Galo Salinas a propósito del banquete organizado en el mismo lugar en el que Maceo había caído). Por otra el escritor estaba radicalmente en contra del nuevo Presidente del Centro, José López Pérez, que, aunque hijo de gallegos, había nacido en Madrid. Su elección soliviantó a Curros. Años después, en 1901, leía en el Teatro Tacón de La Habana un poema, «*A española*», en el que explicaba las razones de su separación:

Botoume, ¡qué patrio apego!  
Quen sentou, perfidamente  
Que do Centro o Presidente  
Non precisa ser galego

Sin embargo, las relaciones entre Curros y el Centro Gallego habían sido muy cordiales con anterioridad. Tan pronto llegó a Cuba se le nombró Socio Honorario, igual que a Rosalía, y en el primer acto importante que se celebró en su honor leyó una de sus composiciones más significativas: *Pola union* que fue recibido con grandes ovaciones y en el que se defendía la unión entre los gallegos de la colonia, por entonces divididos en agrupaciones enfrentadas.

Durante la guerra de Cuba, Curros defendió un régimen de autonomía para la isla pero se opuso siempre a la independencia y denunció en diversas ocasiones la intromisión norteamericana acusando a Washington de querer apoderarse del país. La retórica de Curros, por estos años tenía una visión triunfalista de la conquista de América e identificaba conquista con redención de la ignorancia y la barbarie. Las glorias patrias, tan caras a ciertos sectores de la Restauración, no estaban ausentes de sus escritos en los que abundan las menciones al Salado, a Granada, a las Navas de Tolosa, a Lepanto, a Numancia y a Sagunto. Ni una sola vez se cita, por ejemplo, a Martí, ni siquiera para denostarlo. Desde estas posiciones se entiende la redacción de un poema ferozmente antinorteamericano como *En corso* animando a los marineros gallegos a atacar buques de esa nacionalidad y aún en 1904 en un poema sobre Rosalía vuelve a cargar contra los estadounidenses. Sin embargo, y a pesar de homenajes a victoriosos comandantes y de poemas vitriólicos, no toda la colectividad gallega se sentía identificada con la causa española. Por ejemplo, el semanario bilingüe *Follas novas* fundado en 1897 por Francisco Ramil y Antonio Cea no publicó una sola línea, mientras duró el conflicto, favorable al mantenimiento de una Cuba bajo control peninsular observando una estricta neutralidad como si la guerra no fuera con los gallegos.

A fines de siglo, por lo tanto, se vivía entre los sectores ilustrados de la colonia gallega de La Habana una intensísima actividad cultural y política que se reflejaba en la preocupación por la realidad de Galicia y en el apoyo a iniciativas que, muy pocos años después cuajarían en la creación de los símbolos distintivos de la nacionalidad y en la creación de instituciones de gran calado. Por ejemplo, el Himno Gallego se estrenó por primera vez en La Habana en 1907 en una velada musical en honor de su compositor, Pascual Veiga, que había fallecido poco antes

y en interpretación de la Banda Municipal de la ciudad, y en 1905, a iniciativa de otro ilustre emigrado, Xosé Fontenla Leal, se puso en marcha la Asociación Iniciadora y Protectora de la Academia Gallega que nació al año siguiente. Aún cabe añadir que la bandera gallega también nació en Cuba.

Fontenla, el músico Chané y tantos otros configuran la última etapa de desarrollo del galleguismo en Cuba. Después de 1914, el eje de actividades y de iniciativas pasa definitivamente al Río de la Plata asumiendo la colonia gallega de Cuba una posición menos destacada. Se cerraba así uno de los capítulos más brillantes de nuestra cultura y nuestra historia en el exterior protagonizada fundamentalmente por un núcleo pequeño pero muy activo de intelectuales, periodistas y artistas que le dieron a la colectividad un carácter proto-nacionalista y alimentaron con su labor el mito de la Galicia triunfante del otro lado del mar.